

Crisis y recuperación de la Moral Sexual

Jesús Sastre

Vamos a intentar esbozar, mirando al futuro, los caminos por donde puede marchar la «recuperación de la ética sexual», sobre todo pensando en la educación cristiana de los adolescentes y jóvenes. Tarea compleja, no muy popular y difícil de concretar en proyectos educativos; a pesar de estas dificultades, estamos ante una de las tareas primordiales en que deben implicarse padres y educadores, porque estamos hablando de la dimensión básica del ser humano, el amor en sus distintas dimensiones, pero teniendo la misma raíz y el mismo horizonte. La sexualidad bien vivida tiene algo o mucho que ver con la «civilización del amor», que dijo Pablo VI; ¿es posible la madurez personal sin una sexualidad integrada?; ¿es factible la solidaridad auténtica sin una vida afectiva sana o una sexualidad no integrada y vivida sin amor? Creemos, efectivamente, que no, y reclamamos la no parcialización del ser humano, ya que las facetas de la persona no pueden ir bien si falla el principio unificador y dador de sentido, que para el creyente es la fe. «Parece que sólo la religión, por el hecho de que engloba a la totalidad del ser humano y de su destino, puede responder a semejantes expectativas y resolver análogos problemas. Y, si se tienen en cuenta las debilidades y las finitudes inherentes a la naturaleza humana, solamente una religión institucionalizada puede llegar a ello, tanto bien como mal (porque ella tiene también dimensiones humanas y, en consecuencia, debilidades). De hecho, lo

más frecuente es que haya sido la no-presencia o la presencia insuficiente de la Iglesia, mucho más que la pesadez de sus instituciones o de sus comportamientos, lo que ha permitido los devaneos históricos que se han presentado». Este análisis perspicaz de León Moulin —el cual, por su parte, se considera como un agnóstico en búsqueda—, por su naturaleza, hace reflexionar a los cristianos y a sus obispos»¹.

Muchos niños crecen «en el vacío», pues sus padres y educadores les dejan en «moratoria» esperando a que crezcan y opten; y cuando crecen, muchas veces no pueden optar, porque el sin sentido en que han vivido, la falta de referencias, las costumbres contraídas y la presión ambiental les impiden cualquier cosa que no sea seguir en el camino en que están, como bola de nieve que al caer se engorda a sí misma hasta que se estrella contra algo que la rompe en mil pedazos.

1. La ética cristiana no es compatible con la moral prevalente

El ideal evangélico constituye una alternativa al modelo de sociedad en que estamos inmersos; los valores de la sociedad de consumo hacen al hombre profundamente narcisista y superficial, consumista individual de todo aquello que se pueda adquirir con dinero o con éxito fácil. La ideología burguesa ha reemplazado el ser y el amor por el tener y la posesión; todo es provisional y centrado en sensaciones fugaces e intensas. La situación de crisis económica que pueda padecer un sector de la población o de la humanidad no impide caer en las garras del consumo. Valgan los siguientes datos como ejemplo: en 1983, y en medio de un crecimiento alarmante del paro, se abrieron en Madrid 73 peluquerías para perros y se produjo el «boom» de anuncios de productos alimenticios para gatos y perros. Ese mismo año los españoles gastamos más de 1 billón de pesetas en juegos tragaperras, loterías, rifas, quinielas, casinos, etc., es decir, cada familia gastó el 15% de su renta en juegos de azar.

¹ Cardenal, DANEELS, IV Simposio de los Obispos de Europa: *Evangelizar la Europa «secularizada»*.

El suicidio es la segunda causa de muerte entre los adolescentes: entre jóvenes de 12 a 24 años, en las dos últimas décadas, los intentos consumados de suicidio han aumentado un 15%; según informa el Servicio de Psiquiatría del Hospital Gregorio Marañón. Las causas han sido: el 30%, ausencia del padre; 33%, alcoholismo paterno; y 62%, relaciones familiares abiertamente conflictivas.

¿Cómo ser éticos en un ambiente donde es tan difícil madurar afectivamente y donde faltan tantas referencias de moralidad? No se pueden moralizar los comportamientos sexuales sin modificar el conjunto de la moral social; no encaja la pieza nueva en un modelo antiguo, como no se echa un remiendo nuevo a un paño viejo, pues ambos se echan a perder. Para no caer en la esquizofrenia de reconciliar lo incompatible —valores evangélicos y sociedad de consumo—, para no caer en el desánimo de suspirar por lo imposible y para no terminar en la acomodación vergonzosa y vergonzante, es necesario optar y trabajar por una alternativa de vida que tiene mucho de utopía y poco de realidad actual, pero que confía plenamente en la lógica eficaz de la levadura en medio de la masa. La primera propuesta que tenemos que hacer los creyentes, desde nuestro ejemplo de vida, es la de pertenecer —como diría O. Paz hablando de los poetas— a la «inmensa minoría» y «vivir en las afueras», porque eso es «esperanza de resurrección». Sólo así se puede testimoniar lo profundo y lo auténtico, lo que definitivamente tendrá futuro; es otra manera de repetir las palabras de San Juan: «estar en el mundo, sin ser del mundo, para transformar el mundo».

Alfonso López Quintás habla de la dialéctica entre el «vértigo y el éxtasis» en estos términos: «Viendo sinópticamente ambos procesos —el vértigo y el éxtasis—, observamos que la fascinación que lleva al vértigo lo promete todo, no exige nada y acaba quitándolo todo. La fascinación no plantea exigencias al hombre, pues responde a una actividad facilona de entreguismo. Le invita simplemente a dejarse arrastrar; parece concederle rápidamente un gran poderío y una conmovedora plenitud, pero súbitamente lo pone fuera de juego y lo adentra en un estado de desesperación —sentimiento polarmente opuesto al del entusiasmo—.

El éxtasis, en cambio, lo exige todo, lo promete todo y lo concede todo. Para realizar una experiencia de éxtasis, el hombre debe purificarse de su tendencia gravitatoria a tratar las realidades del entorno como objetos, como medio para el logro de sus fines...

El vértigo empieza exaltando al hombre, pero al fin lo lleva a un estado insufrible de tedio, que responde a falta de creatividad. El éxtasis comienza planteando al hombre muy serias exigencias, para acabar enardeciendo su ánimo con sentimientos de exultación y entusiasmo que responden al ejercicio decidido de la creatividad»².

2. Urge hacer una propuesta clara y explícita de la ética sexual en los proyectos educativos

Si en las décadas anteriores al Concilio Vaticano II se tachaba a padres, educadores y predicadores de moralizar en exceso y de forma negativa la sexualidad, hoy nos encontramos en el polo opuesto: silencio casi total sobre este tema, al menos en lo que tiene de formación sistemática... Entre uno y otro hemos tenido una etapa dedicada fundamentalmente a la información psicobiológica. Desconcertados y preocupados por la modernidad, las «revoluciones pendientes», la democracia, la autonomía de las ciencias humanas, las aportaciones de la pedagogía no-directiva, etc., todo ello con el soporte de la bondad de la naturaleza humana, hemos dejado la educación sexual y la formación de la conciencia moral a la improvisación o a la maduración por crecimiento espontáneo. El redescubrimiento de la ética social y la sensibilidad por el compromiso con los más desfavorecidos han polarizado nuestra atención y nuestras energías; en consecuencia, se dan situaciones incoherentes de personas que en cuestiones sociales son críticas y comprometidas, y en comportamientos sexuales se dejan llevar por la moda y viven una sexualidad no integrada.

La propuesta cristiana, sistematizada en proyectos de educación sexual según las edades evolutivas, atenderá de manera especial a los siguientes aspectos:

² LOPEZ QUINTA, A., *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora*, De. San Pío X, Madrid 1984, pp. 85 y 86.

a) La comprensión de la sexualidad dentro de la maduración integral de la persona, muy unida a la autonomía personal, el control emocional, la capacidad de empatía y la afectividad oblative. Según como se comprenda la sexualidad, se vivirá el amor de forma posesiva y egoísta o como apertura, encuentro y donación. Y viceversa, la antropología de la que se parte condiciona la visión de la sexualidad.

b) Presentar la vocación del cristiano como vocación al amor desde el **AMOR**, que primero nos ha amado de forma desconcertante y preferencial con los más necesitados. A este amor no condicionado por los eros, los lazos de sangre, la amistad o cualquier otro interés, sino expresión en Jesucristo de la entrega fiel, total y para siempre, lo llamamos **AGAPE**. Su rostro más expresivo es la Cruz; su celebración más plena, la Eucaristía; y su prueba no sujeta a engaño, el amor al hermano menos hermano. El amor revelado por Dios toma la iniciativa, es fiel y siempre perdona; por eso es y será más fuerte que la muerte.

c) La valoración moral de los comportamientos sexuales se hará teniendo en cuenta si una determinada conducta encarna o no los valores que llevan a la realización de la persona y de la pareja y a la integración de la familia.

De estos valores, los más significativos son: autoliberación, autenticidad, enriquecimiento del otro, fidelidad, apertura a la vida, compromiso social, felicidad y gozo³.

El respeto a estos valores lleva a rechazar los mitos y prejuicios claramente machistas que siguen extendidos entre la población y que los demuestran las conversaciones y «borderías» que con tanta frecuencia están en labios de adolescentes y jóvenes. El poco rubor con que este tipo de cosas se dicen o se ríen, además de manifestar en muchos casos ignorancia crasa de los mecanismos psicobiológicos de la sexualidad humana, manifiesta poca madurez personal y estar ausente de la órbita del amor. Según parece, las categorías de cantidad, productividad, rendimiento, etc., siguen ocupando el lugar que corresponde al encuentro, la caricia, la ternura y la entrega. Así se

³ Cf. VV.AA., *Sexualidad humana*, E. Cristiandad. Cap. IV: «Hacia una teología de la sexualidad humana».

expresa Octavio Paz en la entrevista antes citada: «También el erotismo se ha trivializado. Parecía que la liberación de los instintos, la gran revuelta del cuerpo, iba a producir un reconocimiento de las pasiones, sobre todo de la pasión amorosa. Pero no ha sido así. La promiscuidad no tiene nada que ver con el amor; al contrario, revela miedo o incapacidad de fijarse en una sola persona que nos parece única». Y. A. Gala añade: «Nos quejamos de aislamiento y abandono, y lo estamos exigiendo a gritos. De ahí que nos lancemos al sexo igual que a una piscina, con una fruición desaforada y una esperanza de correspondencia. Pero el sexo no es sólo biología; es también biografía: la última etapa de un diálogo previo. La penetración no lleva solo a la compenetración. El sexo sin amor es silencioso. Pero hemos rebajado la caricia al masaje. Acaso porque, pagando, nos da menos vergüenza que alguien aborde y roce nuestros límites».

d) Todos los cristianos, y de manera especial los jóvenes, están llamados y tienen derecho al ideal de la castidad cristiana. Esta virtud, tan poco apreciada por nuestros contemporáneos y casi olvidada de nuestro vocabulario teológico-pastoral, sigue siendo don de Dios y tarea humana, tiene mucho que ver con la maduración personal e implica la visión cristiana del cuerpo como templo del Espíritu Santo. La castidad tiene como misión proteger el amor y se vive en todas las vocaciones, según el estado de vida. El aprecio de la castidad ayuda a superar la genitalidad y el autoerotismo, a salir del hedonismo como tónica de vida y a estar más disponible para con los demás. Además, la virtud de la castidad gozosamente asumida prepara y facilita el compromiso definitivo en la virginidad o el matrimonio.

Como la relación sexual, fundamentalmente, es entrega total de la persona, hay por fuerza situaciones en que la ética sexual exige la continencia; esto no conlleva una represión traumatizante del instinto sexual, sino una renuncia asumida por un bien mayor. Esta sublimación, que parte de la renuncia a la actividad sexual, no por eso deja de ser una forma plena y posible de vivir la sexualidad. En este sentido, el celibato o la virginidad consagrada siempre se han considerado vocaciones con estatuto propio en la vida de la Iglesia.

3. Recuperar la unidad radical del amor cristiano

La «revolución sexual» preconizada por W. Reich funda la lucha por la libertad sobre las leyes funcionales de la energía biológica. La cuestión central para él es el orden social de la vida sexual del ser humano, porque el meollo de la felicidad en la vida reside en la satisfacción adecuada de la energía sexual. Desde este presupuesto se lucha contra el matrimonio autoritario, se está a favor de las relaciones sexuales de los adolescentes y se prevé que este cambio y el de las bases económicas producirán una relaciones humanas mejores. La revolución sexual nace en el pensamiento de matriz marxista y se ha trasplantado a las sociedades democráticas enmarcadas en la ideología del liberalismo capitalista. En las universidades españolas del final del franquismo se sirvió un «cocktail» ideológico a base de psicoanálisis, marxismo y utopía, sin mucha profundidad ideológica y con poca previsión de sus consecuencias, pues las acciones socio-políticas primaban la praxis sobre otras consideraciones. El resultado de todo esto, pasado por el desarrollismo económico, la sociedad de bienestar y la izquierda en el poder, ha sido una permisividad de costumbres sin soporte ideológico y sin horizonte utópico que está haciendo mucho daño a la juventud. Prueba de ello es la falta de sensibilidad social con los parados y marginados, una ecología de perfumería, poco afán cultural y estético, brotes racistas, una disminución preocupante de la militancia real y escasa ayuda al Tercer Mundo.

La mentalidad burguesa, guiada por el individualismo, tiende a presentar el amor como algo exclusivamente privado y psicológico. Para la antropología cristiana, esta comprensión resulta reduccionista, pues únicamente se relaciona el amor con el sentimiento, la pasión y la emoción; por este camino el amor queda reducido a sexo. No podemos ignorar la radicación social del amor; la dimensión psicológica y la dimensión social del amor no son aspectos contradictorios o alternativos; por el contrario, deben vivirse en completa armonía. E. Fromm ilustra esta síntesis: «La clase más fundamental de amor, básica en todos los tipos de amor, es el amor fraternal. Por él se entiende el sentido de responsabilidad, cuidado, respeto y conocimiento con respecto a cualquier ser humano, el deseo de promover la vida.

A esta clase de amor se refiere la Biblia cuando dice: 'ama a tu prójimo como a ti mismo'. El amor fraternal es el amor a todos los seres humanos: se caracteriza por su falta de exclusividad»⁴.

«El amor sólo comienza a desarrollarse cuando amamos a quienes no necesitamos para nuestros fines personales. En el A.T., el objeto central del amor del hombre es el pobre, el extranjero, la viuda y el huérfano... La compasión implica el elemento de conocimiento e identificación»⁵

«En contraste con ambos tipos de amor está el amor erótico: el anhelo de pasión completa, de unión con una única otra persona. Por su propia naturaleza, es exclusivo y no universal; es también, quizás, la forma de amor más engañosa que existe.

El amor erótico es exclusivo, pero ama en la otra persona a toda la humanidad, a todo lo que vive. El amor erótico excluye, el amor por los demás sólo en el sentido de la fusión erótica, de un compromiso total en todos los aspectos de la vida, pero no es el sentido de un amor fraterno profundo. Si el deseo de unión física no está estimulado por el amor, si el amor erótico no es a la vez fraternal, jamás conduce a la unión salvo en un sentido orgiástico y transitorio»⁶.

4. Necesidad de medios para vivir en y del amor

El amor es un arte y exige aprendizaje; la capacidad de amar exige libertad, vitalidad, creatividad, superación, etc., que sólo pueden ser el resultado de una orientación adecuada de otras muchas facetas de la vida.

El amor también es un acto de voluntad, la decisión de entregar toda la vida a otra persona. Amar no es sólo deseo ni sentimiento pasajero; es, sobre todo, decisión y promesa. La ascesis y la disciplina es el camino y medio para amar en plenitud; no se trata de una

⁴ E. FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires 1974, p. 55

⁵ E. FROMM, o.c. p. 56.

⁶ E. FROMM, o.c. pp. 60-63.

obligación impuesta desde fuera, sino de algo asumido por la persona y en lo que se encuentra bien, aunque le cueste.

El adolescente y el joven, para descubrir el amor e integrar la sexualidad, necesitan poner los medios adecuados al ambiente que les rodea y a la etapa psicoevolutiva por la que atraviesan. El adolescente fácilmente se deja llevar por sentimientos, sensaciones y compañías que, por su fuerza y caotismo, tienden a precipitar acontecimientos, pues se pasa por una etapa de efervescencia física, culto al cuerpo y falta de voluntad. El joven necesita un ambiente sano que equilibre estudio y descanso, un uso racional de los mass-media, prescindir de tabaco y alcohol, un «reglamento» que ordene y distribuya tiempos, ejercicio físico, contacto con la naturaleza, militancia en grupos que luchen por algún ideal, vida espiritual, frecuencia de sacramentos, ascesis que fortalezca la voluntad y acompañamiento personal.

Padres y educadores no podemos soslayar que, tal como viven los fines de semana la mayoría de los adolescentes y jóvenes, se produce en ellos un desajuste emocional y de ritmo vital que perdura durante la semana y altera el trabajo y las relaciones. Necesitamos alternativas más creativas y sanas para los tiempos de ocio y que no creen separaciones tajantes entre el tiempo libre y las otras facetas de la vida.

Una posible solución sería fomentar la militancia de los jóvenes en grupos y movimientos donde se comparta la vida, la presencia y la acción. Sin otra pertenencia que la del grupo de «amigotes», sin ideales por los que vivir y luchar y sin compromisos concretos, los tiempos libres se seguirán quemando en el consumo de diversiones narcisistas y evasivas que distraen del trabajo y quitan responsabilidad. Juan Pablo II no tiene empacho de proponer a los jóvenes, en su visita a España de 1982, el programa de la Bienaventuranzas: «Ante la manipulación de la que puede sentirse objeto mediante la droga, el sexo exasperado y la violencia, el joven no buscará métodos de acción que le lleven a la espiral del terrorismo; éste le hundiría en el mismo o mayor mal que critica y desprecia. No caerá en la inseguridad y la desmoralización, ni se refugiará en vacíos paraísos de evasión o de indiferentismo. Ni la droga ni el alcohol ni el sexo ni un resignado pasivismo acrítico —eso

que vosotros llamáis 'pasotismo'— son una respuesta frente al mal. La respuesta vuestra ha de venir desde una postura sanamente crítica; desde la lu-cha contra una masificación en el pensar y en el vivir que a veces se os trata de imponer; que se ofrece en tantas lecturas y medios de comunicación social.

¡Jóvenes! ¡Amigos! Habéis de ser vosotros mismos, sin dejaros manipular; teniendo criterios sólidos de conducta. En una palabra: con modelos de vida en los que se pueda confiar, en los que podáis reflejar toda vuestra generosa capacidad creativa, toda vuestra sed de sinceridad y mejora social, toda vuestra sed de valores permanente dignos de elecciones sabias. Es el programa de lucha para superar con el bien el mal. El programa de las Bienaventuranzas que Cristo os propone».

5. Desarrollo de proyectos de formación sexual en la escuela de catequesis

Con esta orientación se pretende conseguir que maduración humana y educación sexual vayan a la par. Una información-formación progresiva y adaptada es la mejor ayuda para el descubrimiento del valor y significado de la ética sexual y cristiana y el mejor remedio preventivo contra deformaciones de comprensión o comportamientos humanos. La clase y el grupo constituyen por su propia naturaleza ámbitos donde se comparte y se contrasta, donde se presentan ideales y se movilizan sentimientos y voluntades, donde se puede formar la conciencia.

En esta tarea deben colaborar estrechamente la familia, la escuela y la comunidad cristiana. La relación de confianza y diálogo en la familia y con los educadores o catequistas facilita el poder abordar este tema con naturalidad y profundidad. La coherencia entre lo que decimos los mayores y lo que vivimos en la práctica es la mejor referencia y explicación para que el alumno o el catequizando descubran los valores evangélicos y aprendan la coherencia moral. Lo contrario genera en los jóvenes que se están abriendo a la vida una crisis que dificulta el crecimiento y el vivir de convicciones.

Los objetivos que no pueden faltar en estos proyectos de educación sexual son las siguientes:

- Comprender y aceptar los fenómenos propios de cada etapa del desarrollo humano.
- Dar una respuesta a los centros de interés y dudas que tengan los destinatarios.
- Crear una conciencia del aspecto relacional y oblativo de la sexualidad humana.
- Ayudar a corregir apreciaciones inmaduras o incorrectas y actitudes no acordes con la ética.
- Presentar la familia como marco referencial de la madurez afectiva y sexual.
- Responsabilizarse ante sí mismo y ante el otro sexo.

La metodología ha de reunir estas características: claridad en las exposiciones, abordar todos los aspectos de la sexualidad humana, impartirla en grupos mixtos, no separar lo informativo de lo normativo, diálogo, análisis de casos y situaciones concretas y atención personal que ayude a interiorizar lo visto en el grupo.

El educador cristiano necesita, para desarrollar bien su misión, personalidad madura, equilibrio psíquico, experiencia de fe y pedagogía adecuada. Debe actuar sin desconocer las dificultades, pero sin obsesionarse por ello y presentando constantemente el ideal evangélico del amor.

La liberalización de las costumbres ha producido más permisividad, pero no mayor información ni formación. Muchos adolescentes y jóvenes ocupan su tiempo libre en el consumo de sensaciones interiores y exteriores cuya finalidad es doble: evadirse de la realidad, que resulta casi insoportable —no por dura, sino por realidad—, y poner a la persona en la situación de acceder fácil e irresponsablemente a lo que oscuramente se desea. Los cubatas, calimochos, litronas, porros, música, luces, imágenes, colores, etc. ayudan de forma programada y rutinaria a «coger el puntito», como dicen los jóvenes. Desinhibidos interiormente, se atreven a decir, proponer y hacer cosas que en situación normal les ruborizarían; para superar esta dificultad necesitan sistemáticamente la ayuda de sustancias que suplen lo que uno no puede. Así, la alegría resulta un tanto artificial; la diversión se compra y se

caracteriza por falta de creatividad y relaciones interpersonales, y termina produciendo vacío cuando los efectos alucinógenos suaves pasan. Todo esto está ritualizado: en determinados días, en ciertos lugares, en unas horas y con estas personas; en el fondo, se nutre de un componente de artificiosidad y de renuncia a la propia consciencia. Esta obsesión por las sensaciones concretas en las «movidas juveniles» como algo cotidiano puede llegar a ser un elemento obsesivo que domine totalmente la débil voluntad adolescente, porque, antes de estar formada, ha sido esclavizada por enemigos contra lo que es difícil luchar, pues están introyectados en la psicología de la persona. Este «barullo» tan complejo en el que vive el adolescente también es un producto de «marketing» que alimenta un negocio a costa de dejar a los jóvenes vacíos y rotos, aunque nunca saciados pues una existencia apoyada constantemente en las muletas del alcohol, tabaco, droga, evasión, etc., agarrota a la persona en estados depresivos. La tristeza, la falta de ideales, la «adolescencia prolongada», la imposibilidad de esfuerzo y la poca sensibilidad social ¿no tendrán mucho que ver con este narcisismo que se programa y alimenta desde la «inmediatez de lo inmediato»? Psicológica y éticamente, los hábitos contraídos por muchos adolescentes y jóvenes deben ser valorados como nocivos para la salud física y espiritual; pedagógicamente, tenemos el reto de saber ofrecer otras alternativas. La primera de ellas será lograr que los jóvenes sean críticos con la sociedad de consumo que les consume, les monta alegremente en un «viaje a ninguna parte» y pasa facturas muy costosas tras prometer la llegada a paraísos perdidos.

La sexualidad integrada es un factor de la madurez personal en clave de amor oblativo y que necesariamente pasa por la superación del autoerotismo, el rechazo de las relaciones cosificadoras y la diversión disolvente. Para recorrer este camino veíamos la necesidad de vivir el ideal propuesto por la virtud de la castidad como la mejor preparación a la entrega y fidelidad de la vocación matrimonial o de virginidad. Dios concede dones y carismas a personas concretas para la edificación común de la comunidad cristiana y del Reino. El celibato y la virginidad han sido considerados en la Iglesia, desde los primeros siglos, como vocaciones plenas en las que se vive el amor excluyendo el uso de la sexualidad como expresión de servicio y disponibilidad,

valores profundamente evangélicos. El celibato por el Reino expresa la confianza de vivir sólo del amor de Dios en la entrega a los hermanos y alumbrar los tiempos escatológicos; sólo Dios es el fundamento de todo, y su amor libera del egoísmo. La fuerza para ser fiel al don recibido proviene de Dios, que primero da lo que pide después, y del sentido que el celibato puede dar a la vida como entrega en el ministerio, como estilo de vida en comunidad y presencialización del amor fraternal-universal. «Jesús necesita jóvenes que sigan su llamada y quieran vivir con Él, pobres y célibes, para ser así un testimonio vivo de la realidad de Dios entre sus hermanos y hermanas... Dios necesita hombres que estén dispuestos a socorrer y servir a los pobres, los enfermos, los abandonados, los oprimidos y los olvidados espiritualmente»⁷. El célibe debe recordar siempre que la forma de vivir el amor y la sexualidad que él ha escogido no le debe empobrecer sus sentimientos ni relaciones; al contrario, la libertad de su corazón le debe ayudar a sentirse más cercano a todos, especialmente a los más necesitados, y a compartir con ellos el amor solidario efectiva y afectivamente.

6. Actitud eclesial ante los problemas de ética sexual

La actitud de Jesús respecto de las personas fue siempre de acogida, perdón y llamada a la conversión (cf. Mt 21, 31-32; Lc 4, 47; Jn 8, 11). Estas tres actitudes son inseparables en su modo de situarse ante los problemas humanos. Jesús mira, en primer lugar, al corazón de la persona y ofrece la misericordia entrañable de Dios; desde el hombre agraciado por el amor de Dios, enfoca los problemas, anuncia el perdón de los pecados e invita a un futuro nuevo, posibilitado por la acción salvadora de Dios y la firme esperanza que Él sustenta.

La reflexión teológico-moral y la pastoral de la Iglesia han de acercarse a los graves problemas de nuestro tiempo con el talante de Jesús en los Evangelios. Hay muchas personas que por diversos condicionamientos, algunos de ellos sin responsabilidad personal, no pueden llegar a una comprensión y vivencia correcta de la sexualidad. Son «incapaces de acoger al Espíritu de verdad, porque no lo ven ni lo

⁷

JUAN PABLO II, en *L'Osservatore Romano*, 30-XI-1980.

conocen» (Jn 14, 17). Ante esta situación bastante generalizada en nuestra sociedad, caben dos posturas: justificar determinadas conductas que se sustentan en datos sociológicos, o bien tratar de asumir los comportamientos que se vean como mejores después de una información y reflexión apropiadas. La sexualidad, como todos los aspectos importantes de la vida humana, es algo maravilloso y gratificante, pero tampoco es algo con lo que se comercia ni algo que se trivializa hasta el extremo de humillar y explotar, como con pocas cosas, a muchos niños, jóvenes y adultos.

La tarea pastoral en los problemas de ética sexual no es fácil, pues conlleva planteamientos de profundidad, tiempo y empeño personal para superar las dificultades en medio de un ambiente que ayuda muy poco. La Iglesia se entiende y se realiza a sí misma desde el misterio de la Cruz y como «servidora de la humanidad». Nacida del costado del Mesías crucificado, vive constantemente la llamada a identificarse con los crucificados de este mundo en los «lugares del oprobio». La razón de ser de la Iglesia es la construcción del Reino desde los menos hermanos, es decir, los pobres y pecadores (cf. Lc 6, 20; Mt 5, 31), pues los últimos de este mundo serán los primeros en el banquete del Reino. En el tema de la sexualidad también hay que distinguir explotados y explotadores y relacionar, como hace el reciente documento del Consejo Pontificio para las comunicaciones sociales, la pornografía, el lucro y la violencia en la sociedad, para poder encontrar las oportunas valoraciones y orientaciones morales. ¿En qué consiste la «caridad pastoral» de la Iglesia en cuestiones sexuales?

— Ayudar a la persona a asumir su condición

La antropología está estructurada de tal forma que cada uno de nuestros actos, y de forma especial nuestras actitudes conscientes, no posibilitan o nos impiden el camino hacia la vida en plenitud. La naturaleza humana nos es dada, y cada ser humano se encuentra en la tesitura ineludible de conocerla y asumirla, pues sólo de este modo llegará a ser feliz y a hacer felices a los demás. El hombre está religado a lo que es por naturaleza: persona racional, libre, solidaria y trascendente. Esto lleva a afirmar al gran pensador rumano Levinas que

la ética es la filosofía primera: lo que debo hacer es inseparable de lo que soy y estoy llamado a ser. La persona que asume responsablemente la existencia es la que está en mejores condiciones para conocer, valorar y cambiar la realidad.

— *Situar al creyente en el horizonte de la «civilización del amor»*

El evangelio denomina la civilización del amor con el término «reino» o «reinado de Dios», y éste es comparado al tesoro escondido (Mt 13, 44-46) que, cuando se descubre, hace que todo lo demás quede en un segundo plano y se ponga a su servicio.

Descubrir el Reino supone condiciones previas tales como la actitud de búsqueda, reflexión y conversión; sin ellas no podemos reconocer los valores del hombre nuevo. Al mismo tiempo, la novedad del Reino anunciado por Jesús resitúa a la persona en unas nuevas coordenadas liberadoras, pues nos ayuda a descentrarnos de nuestros propios intereses y egoísmos, para abrirnos a un horizonte que renueva a todo el hombre y a todos los hombres. Creyente es el que está invitado a vivir los diferentes aspectos de la vida desde esta perspectiva, que alcanza una profundidad y un horizonte insospechados. Sexualidad, castidad, matrimonio y celibato deben situarse en el seguimiento de Jesús y en la lucha por los valores del Reino que construyen la civilización del amor.

— *Distinguir el aspecto objetivo y el aspecto subjetivo de las cuestiones de ética sexual*

La moral cristiana y el magisterio deben presentar constantemente el «ideal» evangélico del seguidor de Jesús. Como hace S. Pablo en 1 Tes 4, 2-8, los teólogos y pastores deben referirse constantemente al Señor Jesús y a su mensaje liberador. La persona que se deja guiar por el Espíritu tiene un perfil propio que contrasta con los que se dejan llevar por las obras de la «carne» (cf. Gal 5, 22). Lo primero para un cristiano es la caridad, que inspira todos los comportamientos éticos y sitúa la castidad como un aspecto del seguimiento de Cristo en la «escuela del amor».

A la hora de emitir juicios subjetivos el documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la persona humana (1975), en su n. 10, recomienda «prudencia y cautela», pues en los comportamientos sexuales en muchos casos, es difícil actuar con libertad plena. Sin rebajar las exigencias del ideal cristiano desde el punto de vista objetivo, es necesario abordar la relación interpersonal para iluminar la mentalidad y llegar a la conciencia por caminos de acercamiento y de ayuda personalizada.

Determinadas situaciones subjetivas —como, por ejemplo, las que se dan en deficientes, enfermos de sida, homosexuales, matrimonios rotos, etc.— exigen una reflexión y atención particulares.. En todo tiempo y lugar la misión salvadora de la Iglesia tiene que saber asumir, sin claudicar, la distancia entre el ideal evangélico y la realidad sociológica y eclesial.

La atención personal se complementaría de forma insuperable si los jóvenes y las parejas pudieran crecer humana y espiritualmente en grupos de fe o en pequeñas comunidades que fueran para ellos referencia y ayuda en todos los aspectos. La relación entre los aspectos objetivos y subjetivos de la ética sexual exige necesariamente la información, la reflexión personal y el contraste autorizado de pareceres que ayuden a tomar, serena y responsablemente, las decisiones morales. Las normas y orientaciones concretas del Magisterio de la Iglesia sobre los comportamientos sexuales parten de la experiencia de la comunidad eclesial y buscan la forma mejor y más eficaz de llevar a la práctica los valores morales. La sexualidad humana y su ejercicio están al servicio del desarrollo integrador de la persona y de su dignidad cuando buscan los siguientes valores: autoliberación, enriquecimiento del otro, honradez, fidelidad, servicio a la vida, responsabilidad social y gozo. Cuando alguno de estos valores falta en la relación sexual, podemos sospechar que la realización interpersonal son deficientes (cf. AA.VV., *La sexualidad humana*, Cristiandad 1974, cap. IV: «Hacia una teología de la sexualidad humana»).

— *Optar por una educación en los valores*

En este contexto amplio es donde se sitúa la formación sexual, dada la importancia que tiene en el desarrollo personal y social de la persona. En el terreno educativo, catequético y teológico, los laicos en general y los matrimonios en particular pueden aportar la riqueza de su vida y experiencia.

La línea pedagógica de padres y educadores será la de integrar la sexualidad en la persona para que esté al servicio del dinamismo del amor. Esta perspectiva del proceso sólo es posible desde el acompañamiento del educador al crecimiento personal del adolescente, para poder llegar a clarificar las causas profundas de sus comportamientos y ayudarle a asumir una forma mejor de vivir su sexualidad y el dominio de sí mismo. El descubrimiento de la ternura, el amor y la misericordia, así como la apertura a las actitudes altruistas y a las tareas sociales, políticas, culturales y eclesiales, es lo que mejor puede ayudar a superar los problemas sexuales y a vivir la afectividad humana en toda su amplitud y plenitud.

7. Hacia un nuevo modelo de familia cristiana

Hoy se dice que la familia como institución está en crisis; más apropiado sería decir que está en crisis un determinado modelo familiar, que es el propio de la sociedad liberal-burguesa: la familia nuclear cerrada, propia del sistema capitalista y que se estructura a partir de la revolución industrial. E. Mounier definió al burgués con estas palabras: «el burgués es el hombre que ha perdido el sentido del ser y del amor»; en consecuencia, se ha proyectado en el tener y la posesión. Esta actitud materialista lleva a decir a E. Fromm: «la mentalidad consumista se mueve entre el deseo de tener cosas nuevas y la prontitud de eliminarlas cuando surge algo nuevo». La felicidad va ligada en nuestra cultura al bienestar, y éste al mayor consumo. También se consumen modelos de relación familiar: padres solteros, parejas más o menos estables, sucesivos matrimonios, aumento de ruptura de hogares, nacimientos sin referencias familiares, abortos, promiscuidad sexual, etc.

En los últimos tiempos se ha producido un fenómeno de desintegración familiar, debido a tres causas: separación de la sexualidad y el matrimonio, miedo a compromisos definitivos y ruptura de la fidelidad. En la base de estas causas se da también una pérdida del talante moral, que ha sido suplantado por la búsqueda de experiencias nuevas y placenteras a cualquier precio.

Si la familia cristiana, abierta al ideal evangélico, debe ser una comunidad de vida y amor donde se descubra la solidaridad con la humanidad más necesitada y el compromiso político (G.S. n. 73 y 75), muchas familias necesitan recuperar con confianza y alegría, y sin ningún complejo, valores como el amor, la fidelidad, la educación de los hijos, la participación social, etc. Se necesitan familias donde los niños pueden crecer viviendo el amor y aprendiendo a amar, porque lo ven encarnados en sus padres y en la comunidad cristiana, preocupados por hacer de la humanidad una gran familia donde sea posible la utopía cristiana: «Todos uno en el Señor» (Gal 3, 28). El Sínodo sobre la familia hizo esta propuesta: «Es cometido de la familia formar a los hombres en el amor y practicar el amor en toda la relación humana con los demás, de tal modo que ella no se encierre en sí misma, sino que permanezca abierta a la comunidad inspirándose en su sentido de justicia y de solicitud hacia los otros, consciente de la propia responsabilidad».

El último referente de la familia cristiana es el Reino de Dios, que tiene como programa de vida y acción las Bienaventuranzas; para servir a la construcción del Reino, la familia necesita vivir activa y plenamente la comunidad cristiana que vive y celebra cada día en la Eucaristía la liberación de los pobres, el amor que no pasa, la entrega que crea fraternidad. El estilo de vida familiar y la autenticidad con que se viva la fe en ella son dos elementos imprescindibles para superar la crisis actual y alumbrar lentamente el nuevo modelo que se ha empezado a llamar «familia abierta y comprometida» (título del libro de Manuel Ríos, PPC, Colección Vida y Amor, n. 1). «La actitud postmoderna alestarga la vida creyente, convierte la militancia cristiana en convivencia pasiva con todos los credos e ideologías, hace olvidar la dimensión crítica del Evangelio y pone en segundo plano el primer artículo del Símbolo Apostólico: el monoteísmo comprometedor de la existencia, el único

Señor, la única fe, el único bautismo. Porque profesar el monoteísmo es tomar en serio la gravedad de lo real, admitir que las cosas tienen peso ontológico: una convicción que no puede tolerar en modo alguno la postmodernidad. Más en consonancia con la actitud postmoderna se encuentra, en cambio, lo que ha llamado González Anleo religión «light» de los jóvenes: una religiosidad blanda, caracterizada por la creencia genérica en Dios, extremadamente cómodo y coexistentes con otras lealtades y otras aficiones ideológicas o vitales»⁸. La forma de vivir la fe y la ética de muchos jóvenes traduce la religiosidad y los valores familiares; también faltan familias que sean «maestros de vida y esperanza» que enseñen a saborear el amor evangélico desde la Iglesia doméstica, lugar e instrumento de educación insustituible.

Conclusión

Los adolescentes y jóvenes han guiado de principio a fin nuestro análisis, nuestra reflexión y nuestras propuestas educativas. Ellos son los que verdaderamente nos preocupan, porque habrán de ser ellos los responsables de la marcha de la humanidad en un futuro no muy lejano. Ellos necesitan, más que ningún otro grupo social, «motivos para vivir y razones para esperar»; necesitan amar y ser amados. Los grandes símbolos del amor cristiano, tanto para el joven que se confirma, para la pareja de novios que contrae matrimonio o para el joven que promete castidad consagrada, son la Cruz y la mesa de la Eucaristía, expresión inabarcable del amor con que Dios nos ama cada día y llamada a la conversión y a la fraternidad nunca conseguida del todo, pues el egoísmo sigue estando presente. «Desdichadamente, vivimos en una época en la que el pecado se ha convertido incluso en una industria que produce dinero y mueve planos económicos de bienestar. Esta situación es realmente impresionante y terrible... *Vivid en gracia, permaneced en Su amor, poniendo en práctica toda la ley moral, alimentando vuestra alma con el cuerpo de Cristo, recibiendo periódica y seriamente el sacramento de la penitencia. Sed valientes. El mundo tiene necesidad de*

⁸ E. MENENDEZ UREÑA, o.c., p. 33. Cf. J. GONZALEZ ANLEO, «Los jóvenes y la religión 'light': comentario sociológico», *loc. cit.*, pp. 1166-1182.

testigos convencidos e intrépidos. No basta discutir. Es necesario actuar. Que vuestra 'coherencia' se transforme en testimonio, y que la primera forma de este compromiso sea la disponibilidad. Como el buen samaritano, sentíos siempre disponibles a amar, a socorrer, a ayudar en la familia, en el trabajo, en las diversiones, con los cercanos y con los alejados...»⁹.

«No basta discutir; es necesario actuar». Este reproche también se puede dirigir a los padres, catequistas y educadores. En efecto, la ética sexual necesita clarificación y reflexión constante en algunos puntos muy conflictivos y que pertenecen a las disquisiciones teológico morales. La acción pastoral y la formación de la conciencia moral no pueden quedar paralizadas por las cuestiones no resueltas del todo, ni podemos transmitir una ambigüedad que, por su poca precisión o pluralidad divergente de posturas, impida al adolescente encontrar modelo de referencia y pautas de comportamiento que le ayuden a formar el criterio y las actitudes para poder tomar decisiones morales, es decir, libres y responsables, pero siempre según el ideal evangélico y la identificación eclesial. El joven necesita más acompañamiento y ánimo que análisis intelectual y abstracto de posturas que no han llegado a la síntesis. Con humildad y provisionalidad, pero con la claridad y firmeza que dan las convicciones, tenemos que educar al hombre nuevo del Evangelio. Todo lo importante en la vida es más acogido que conseguido; dejémonos sorprender por el Misterio revelado en Jesucristo y aprendamos a amar como Él nos ha amado. Por eso el final de esta reflexión de educador de la fe de adolescentes y jóvenes quiere ser oración hecha «canon», para ser constantemente repetida, e himno, para ser victoriosamente proclamado: «Como el Padre me amó, Yo os he amado; permaneced en mi amor» (San Juan). «El amor disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre. El amor no falla nunca... Así que esto queda: fe, esperanza, amor; estas tres, y de ellas la más valiosa es el amor» (1 Cor 13).

[Extracto del capítulo V del libro «Crisis y recuperación de la moral sexual», Santander: Sal Terrae, 1991. pp. 29-48]

⁹

JUAN PABLO II, *L'Osservatore Romano*, 7-XI-1980.